

NOCTURNO—CANCION

Por HELCIAS MARTAN GONGORA

Habría que nombrarla
con una flauta de oro.
Decir por ella: el cielo
se arrodilló en sus ojos.

Habría que nombrarla
con clara voz de aromas.
Pedir para sus labios
los besos de las rosas.

Y tal vez no sabría
decir si en sus palabras
la luz de los luceros
se adelantaba al alba.

Y ya yo no sabría
decir si entre sus manos
la blancura del mundo
halló la flor del tacto.

Todo, porque ella canta
con música tan pura,
que hasta su cabellera
me recuerda la lluvia.

Todo, porque su cuerpo
enamorado tiene
la altura de los astros,
bajo la noche leve...

Que ya yo no podría
decir tanta belleza:
todo, porque en el alma
comienzan las estrellas.

C R O N I C A D E L R O S A R I O

EL PADRE MIGUEL DE ISLA, FUNDADOR DE LOS ESTUDIOS DE CIRUGIA EN EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Por GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

La cirugía fue considerada en España y sus colonias hasta la primera mitad del siglo XVIII, como un arte vulgar y sin fundamento científico para darle sitio en la complicada ciencia de Hipócrates; no acordándose que éste hizo grande elogio de tan antigua y artificiosa parte de la medicina, y que en su "Libro de Afecciones" no quiso revelarla a los idiotas; "porque, como consiste en obras y no en palabras, y el Idiotismo es capaz de decir y no de obrar, se infiere, que sólo la cirugía es el sagrado inviolable a donde no penetra la curiosidad del vulgo...

Sea de ello lo que fuere, pues cosas son éstas que no me atañen, compóngase o no la mandíbula superior de un solo hueso; que el brazo pueda dislocarse o no en tres partes, que en las heridas de la cabeza se usen humectantes y podrecientes y otras proposiciones semejantes que entonces se tenían por ciertas, el caso es que la medicina ganó de manera extraordinaria con el arte que enseña a curar con operación manual las enfermedades; y que las partes en que se dividió su estudio, anatomía, tumores, llagas, álgebra y medicinas, trajeron a la humanidad la esperanza de alargar un tanto la vida, siempre que fuesen practicadas por personas de buena conciencia, prudentes, de manos diestras, ligeras y firmes, de sentidos perspicaces, sabios en teórica y expertos en la práctica. Poco a poco llegó hasta nuestra altiplanicie, donde se estudió primero privadamente y luego se hizo pública en 1802, desde la cátedra del Rosario a cuyo frente estaba el sabio sacerdote Miguel de Isla.

Comoquiera que la vida de éste sea conocida en parte simplemente por el elogio, muy merecido, de su ciencia, descuidándose sus

rasgos biográficos, he querido recordar hoy los principales de ellos, que creo sean útiles para la historia de la medicina en Colombia. El padre Isla nació en Santafé, en la época en que sólo se ofrecían como perspectivas las carreras de letrado, de las armas o del sacerdocio. Su primera juventud, de inquietante investigación, la pasó en los claustros de San Bartolomé, donde inició sus estudios y en cuya Universidad Javeriana alcanzó los grados de bachiller y maestro en filosofía.

Esta última ciencia, en su parte de la física, ofreció a Isla el anhelo de su espíritu, dedicarse en el retiro de su estudio a las investigaciones científicas, a admirar tras la lente del microscopio el desarrollo de la vida en su primario origen, la célula, a maravillarse con el esplendor de la astronomía y finalmente a buscar los medios de llevar a sus hermanos los enfermos, una medicina que siquiera atenuase sus padecimientos físicos. Y para ello encontró en la orden de San Juan de Dios el medio en el que podría desarrollar sus ideales. Pidió los hábitos y continuó en el claustro consagrado a los estudios, principalmente de la medicina. En 1770, alcanzó del comisario general de su orden, licencia para ejercer su profesión. Sus grandes conocimientos, consecuentes de sus personales estudios, y la santidad de su vida, hicieron de él admirable prior de los hospitales de Pamplona, Panamá y Cali; y con beneplácito de sus hermanos, ocupó en dos ocasiones la primera dignidad de la provincia de la que también fue visitador.

En 1786, el arzobispo- virrey lo nombró médico del hospital de Santafé y después de tres años de ejercer su piadosa cuanto benéfica ocupación, fue llamado a presidir su convento de Cali. Ocupaba este puesto cuando, el 17 de febrero de 1793, fue elegido para ocupar nuevamente la dirección científica del hospital de esta ciudad.

En 1794, presentó público examen para obtener el doctorado en medicina, que le fue conferido el 18 de julio. Uno de sus examinadores, el sabio Mutis, escribió, años más tarde, al virrey, la opinión que había formado del maestro Isla. Dice así, refiriéndose al grado: "En aquella ocasión manifesté al gobierno el alto aprecio en que siempre he tenido al maestro Isla por su constante aplicación a la medicina y demás ramos subalternos de esta extensísima facultad. Constándome por un trato casi continuo de treinta y cinco años que, a pesar de auxilios en un país donde no se han enseñado públicamente ni aun los elementos de una buena física, mucho menos los de otros ramos

necesarios, a fuerza de su constancia en adquirir libros, instrumentos y las luces posibles con el trato de los inteligentes, se ha formado por sí mismo hasta ponerse en estado de distinguirse de un médico puramente práctico" . . .

Treinta y cinco años hacía que vestía el sayal de los hijos de San Juan de Dios; la inquietud de su conciencia se hizo más intensa "y para lograr la paz y quietud de ánimo que allí no pude encontrar", escribe, tomó la resolución de abandonar su orden y consiguió del supremo pastor de la Iglesia una bula fechada el 31 de agosto de 1796, que le desligó de sus promesas y le hizo clérigo secular, al dársele cumplimiento en abril de 1798.

Desde esta época se retiró a su apacible quinta de la Alameda, que edificó en ese apartado y solitario lugar "con el designio de formar un jardín botánico y cultivar plantas medicinales".

En el silencio de su laboratorio, rodeado de la más selecta biblioteca, de los más preciados aparatos de experimentación, máquinas neumáticas, microscopios, barómetros, termómetros y telescopios, fue acreciendo su ciencia y con ella la fama de su nombre y el beneficio para el pueblo de Santafé.

Cartagena de Indias, el 16 de enero de 1798, lo nombró examinador de su protomedicato, y al estatuirse la primera cátedra de medicina práctica en el Colegio del Rosario (primera no por el orden sino por la trascendencia que tuvo), el rey, por cédula del 2 de octubre de 1801, lo nombró primer lector.

El ilustre naturalista Mutis, ya citado, escribió al virrey refiriéndose a esta honrosa designación otorgada al maestro Isla: "En esta parte debo también asegurar que aun cuando hubiese muchos profesores, a escoger, ninguno le aventajaría en las proporciones en que se halla constituido el maestro Isla, para el completo desempeño de la cátedra."

El 21 de octubre de 1802 se inauguró este trascendental estudio y según refiere el autor de la historia de la medicina en Colombia, don Pedro María Ibáñez, Isla fue el fundador de los estudios de la anatomía práctica. Antes de él los textos se fijaban en la memoria. Su cátedra la regentó por el libro de anatomía de Hemster y haciendo disecciones sobre el cadáver, en una sala que llamaron anfiteatro en el viejo hospital.

Tuvo por discípulos a eminentes propagadores de la medicina moderna. En julio de 1806 se incorporó el maestro Isla en la Uni-

versidad Tomística de Santafé, con los títulos de licenciado y doctor en medicina. Ocupó también los cargos de examinador de la real diputación médica de Santafé y médico de las milicias.

El 12 de junio de 1807, cuando regresaba a Santafé, después de una de las correrías que él acostumbraba, fue repentinamente herido por la muerte. Su cadáver se trasladó a la sala de profundis del hospital de San Juan de Dios, en cuya iglesia se dio sepultura a su cuerpo, amortajado con el hábito que llevó por más de la mitad de su vida.

Don José Celestino Mutis, su amigo íntimo y maestro incomparable que consagró en frases admirables el nombre de Isla, hizo presente en una de nuestras notarias, el "Testamento y última voluntad de Miguel de Isla, que como reza el manuscrito, se ha de entregar a don José Antonio Ugarte, vecino de Santafé, por ausencia o enfermedad del señor don José Celestino Mutis".

En las varias hojas, último recuerdo del incomparable médico santafereño, que se preparaba a la muerte desde 1799, he leído con recogimiento sus últimos deseos y he admirado la piadosa donación que de todos sus bienes hizo a los pobres convalecientes del hospital "para que se les dé desayuno de chocolate y bizcochos", ad perpetuam memoriam.

El índice de su preciosa biblioteca, que él cuidadosamente clasificó en médicos, cirujanos, físicos de matemáticas, históricos, políticos, morales y espirituales, gramáticos y poetas, dice muy alto del cultivo intelectual de su dueño.

Alcanzó con sus estudios, con su propio esfuerzo, elevada posición entre los hombres de ciencia de su patria, fue maestro de una pléyade de ilustres neogranadinos, tributó sus grandes conocimientos y sus cuidados paternales, a los pobres enfermos de San Juan de Dios, que recibían de sus manos medicinas para el alma y para el cuerpo. Su memoria, consagrada por un sabio, honra a esta hidalga ciudad de Quesada, que tan pródiga ha sido en hombres de ciencia.

Guillermo Hernández de Alba

EL COLEGIO DEL ROSARIO Y SU TRADICION REPUBLICANA

Por ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Entre los muchos títulos que adornan al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y le dan un puesto entre los insignes institutos de la América Epsañola, uno de los más envidiables es el que por consenso unánime se le ha otorgado de cuna de la república.

¿Cómo y por qué merece nuestro Colegio este magno calificativo? ¿Qué relación tiene con el carácter tradicional de este instituto que surgió en los tiempos coloniales, se ofrece como un faro que irradia su luz potente sobre la oscuridad del porvenir?

Hay grandes hombres que son como la síntesis de una edad que termina: tienen la vista vuelta hacia lo pasado, todas las raíces de su pensamiento y de su corazón se hunden en lo que fue y está a punto de desaparecer. Otros, firmemente arraigados en su época, tienen la vista dirigida hacia lo futuro; presienten lo que va a nacer, y se hacen, hasta cierto punto, contemporáneos de una edad que no alcanzarán a ver con sus ojos mortales, pero que han entrevisto con la intuición del genio. De éstos es Fray Cristóbal de Torres.

Este "verdadero discípulo de la doctrina del angélico doctor Santo Tomás", como lo apellida el gran Quevedo, al dedicarle, con suma reverencia, su ascético tratado de "La Cuna y la Sepultura", era un verdadero magnate del Renacimiento, uno de esos Mecenas de las ciencias y las artes, que honraron al episcopado español. Porque cuando se habla de las caudalosas rentas de que disfrutaban los altos dignatarios de la Iglesia, es bueno recordar que frecuentemente se gastaron en servicio de la patria y de la cultura. Durante la Edad Media solían emplearse en la obra redentora de la reconquista, en poner valla a la invasión musulmana, que sin la heroica resistencia de los cristianos españoles, habría podido destruir la civilización cristiana.